Crítica de libros

PAISAJE CON FIGURAS, *Gerardo Diego.* Col. "Juan Ruiz". 1956.

El Premio Nacional de Poesía 1956 le fué otorgado a Gerardo Diego por este *Paisaje con figuras,* Representa cuarenta años de actividad lírica, granados en una obra gigantesca (sumemos, a los libros publicados, unos quince más, aún inéditos). Con su generalato poético merecidamente alcanzado, Gerardo Diego sigue en la brecha, juvenil y entusiasta. Leemos sus libros con la inquietud y la avidez con que se lee ese "segundo libro del joven poeta recientemente revelado".

Su obra está presidida por la sorpresa. No nace ésta de un cambio más o menos radical de actitud. Hay poetas — Alberti — o pintores —Picasso—cuya obra es un prisma formado por ciclos (piénsese en la distancia que hay de *Marinero en tierra* a *De un momento a otro,* pasando por *Sobre los Ángeles)* tan desemejantes entre sí, que casi podría decirse que cada uno constituye la negación de los demás. Hay otros — Aleixandre o Vázquez Díaz—de línea ascendente. Son ríos que avanzan transformándose paulatinamente. Cada etapa está implícita, acaso sin desarrollar, en la anterior. (¿No son *La Destrucción o el Amor, Sombra del Paraíso* e *Historia del Corazón,* el mismo árbol en primavera, en verano y en otoño?)

Unos y otros sorprenden por las causas aludidas. Pero esto no ocurre en Gerardo Diego (como no ocurre en su paralelo Cossío). Admitida la naturaleza bifronte de su poesía, observamos que esta doble línea se mantiene, invariable, a lo largo de toda su vida. Y, sin embargo, existe sorpresa. ¿En qué consiste?

La primera mitad de la sorpresa no está buscada conscientemente por el poeta. Se debe a que, en una etapa plenamente romántica, como la actual, él es un poeta clásico. No se entienda por clasicismo el empleo de metros tradicionales, sino una actitud consistente en situarse ante la vida para transformar el mineral que ofrece y fabricar con él el poema. El resultado es una estatua, no un pedestal para mostrarse desde él el poeta. Gerardo Diego, como clásico que es, se mueve por impulsos externos. Todo le solicita y atrae con la misma fuerza, porque el asunto no es nada y el poema, todo.

Es decir, que—para que se produzca la segunda mitad de la sorpresa, la que no depende de situaciones pasajeras—el lenguaje lo es todo. Sólo admitiendo eso, admitiendo que nada es superior jerárquicamente a nada hasta que la palabra lo ha empapado de magia, puede comprenderse el poema de circunstancias. El poeta de hoy que habla despectivamente del poema de circunstancias olvida frecuentemente que ése es el signo de nues-

tra poesía del Siglo de Oro. El poema clásico, como en la metáfora orteguiana, no es la ventana abierta al paisaje, sino el cristal mismo. Clasicismo y Creacionismo se aproximan en este punto. Uno y otro son cuestión de imaginación por la palabra. Gerardo Diego, clásico por espíritu, creacionista por vocación, logra ese mundo donde lo objetivo se hace subjetivo, un mundo presidido por la maravillosa invención.

Metáforas e imágenes, ritmo, sonoridad, van creando esta perpetua sorpresa. De pronto, una adjetivación insólita, un esguince que nos deja burlados cuando anticipábamos lógica y erróneamente la cadencia terminal de la frase. El humor, que palpita subterráneamente en la obra de este poeta, va escalonando las piedras de sorpresa en las que tropezamos inesperadamente, y perdemos la gravedad. Gerardo Diego pasea a lo largo del camino no un espejo, sino un diamante que descompone la realidad sobre sus mil facetas. Su maestría técnica arranca chispas a las palabras, haciendo entrar en colisión a las que nunca estuvieron juntas. Una parte de su virtuosismo, heredero del modernismo literario, le arrastra a la "rima rica". Y entonces resuelve los versos con invenciones insospechadas, con bellezas sorprendentes. Esta dificultad de la "rima rica", que en tantos es el Bautista del ripio, en Gerardo Diego es fuente de nuevos hallazgos poéticos.

Todas las peculiaridades de nuestro poeta, tan nuevo siempre y tan igual a sí mismo, aparecen en este último libro suyo. Temas diversos, tonalidades que abarcan desde el garbo—románico—de una canción al poema de gran aliento, como el dedicado a Miró, sin olvidar el acento amoroso, la armonía debussyana de un ángel, se entremezclan en este vario *Paisaje con figuras* con que nos regala el maestro Gerardo Diego.

José Hierro.

LA VIDA MISMA, *Juan Ruiz Peña*. "Insula". Madrid, 1956.

Hay en todas las épocas una poesía que se produce al margen, voluntariamente desentendida de la estética presente, en la que a veces tantos valores naufragan; una poesía que cumple fielmente la necesidad de ligazón con lo que nos ha precedido, y que suele ser realizada por hombres física y espiritualmente apartados. No sé si cabe embarcarse en distinciones entre lo circunstancial y lo eterno, cuando todo es lo mismo si le acompaña la calidad. Ruiz Peña no ha buscado nunca novedades, ni en su temática ni en su realización, ateniéndose a la gran escuela de la sencillez. A las verdades viejas que no se gastan, de manera sobria y leve. No sobran palabras en sus versos, desnudamente concentrados, y, como en todos los líricos de su cuerda, bajo amenaza de opacidad a poco que falle su estructura mínima. De todas maneras, es esto preferible a la retórica que ha desolado y aún asuela nuestro español terreno.

La vida misma. La mismidad frente, junto, con la Naturaleza. Un propósito de acompasar ritmo íntimo y ritmo temporal, estación a

estación. Este libro es un transcurrir esencializado. El poeta lo dice así:

En ti, Naturaleza,
mudable como el tiempo
alguien que sufre y cambia
animal triste el hombre.

Triste de cabo a rabo este hombre Ruiz Peña. Me apresuro a marcar su ascendencia becqueriana, depurada al pasar por Antonio Machado. Una vez más se da el caso del andaluz a quien Castilla impregna, aunque ello sea accesorio para lo que me interesa decir brevemente. Y es: su actitud ante la Naturaleza tiene una finura de expresión y de sentimiento, mantenida con una dulce monotonía, salvada de una fácil tentación panteísta. Pero, sí, centrada en el abrazo entre ser y cosas:

¿Sabes que un día
jugo palpitarás por esa hierba
que en torno a ti murmura?

También:

Es tu carne ya musgo que se extiende.

Elementos post-románticos, sin mezcla de griterío alguno, que en las formas breves—rima casi por completo—salen gananciosos. Queda elegante, contenido, el lamento, la alegría, el paso. El tiempo ayuda a que el nombre se descubra.

Como en esta "Canción de un día de invierno":

Cesa la vida: el hombre está cansado.
Como arbolillo soy que en el invierno
tiembla de soledad.

Hay muchas canciones en el libro, lo cual ya nos dice bastante sobre su gusto por lo suave, por lo que no acaba de exprimirse. La nieve ha motivado las más interesantes páginas de *La vida misma.* Nieve en el alba, en tarde, en voz, en viento, cayendo sobre él, promoviéndole preguntas:

La nieve, afuera, cae
muy lenta.
Te vas hacia el espejo,
te interrogas tú mismo,
diciendo: ¿Quién soy?"
Pero esa voz es otra.

Y es la misma, sin apenas oscilaciones, sin levantarla nunca, delicada. Como dije al principio, un tanto al margen, menor pero suya.

Buena la edición de "Ínsula".

JIMÉNEZ MARTOS.

PIEDRA MAYOR, *Joaquín Fernández.* "Ágora". Madrid, 1956.

Desde Ávila, su amurallada ciudad, Joaquín Fernández, director de la revista poética *El Cobaya,* ha ido amurallando sus sensaciones con la cantera de su *Piedra mayor.* Este primer libro de Fernández es sólido como su título y, a veces, quizá resulte excesivamente duro y lleno de aristas. En el catálogo de obras publicadas en la Colección "Ágora", se insertan tres *primeros* libros de poetas ya conocidos por revistas y publicaciones: Manuel Alcántara, José María Requena y Joaquín Fernández. Estos tres poetas han constituído tres revelaciones. De ellos, quizá sea Requena la voz más personal y la de Alcántara la más sabia e intuitivamente poética. De su libro *Manera de si-*

lencio ha sacado Joaquín Fernández el módulo para el ensamblaje y apoyo de su arquitectura verbal. Es completamente legítimo el tomar como muestra un procedimiento si el contenido y el objetivo lírico del poeta son ajenos y distintos. Por lo demás, la similitud es escasa entre estos dos poetas. Las dos determinantes de Alcántara son su elegante gracia andaluza, fluyente y clara, y la incorporación a sus versos de giros y frases populares. En el caso de Fernández, su peculiaridad es, precisamente, su castellanía, esa voz de piedra hermética, ese cuño viril que todo lo traza, más que dibujo, que todo lo distribuye sin sombras, esfumaciones ni claroscuros. Fernández es, un poco, en función de su poesía, lo que Vázquez Díaz en su pintura, algo glauco e incoloro, pero fortaleciente y vigoroso.

Reconozcamos en su primer intento un claro conocimiento del oficio, una habilidad y un poder de asimilación poética de los temas que trata, que nos hacen presumir que muy pronto Joaquín Fernández nos dará sucesivos libros absolutamente conscientes de todas las exigencias de esta ardua misión que es la poesía. Basta un botón de muestra para la confirmación de cuanto queda escrito, y para ello transcribo los dos tercetos del soneto titulado "Albañil", que dedica a Eladio Cabañero, otro poeta nuevo y pujante que ha de tenerse en cuenta en esta última etapa:

Pon tú la cal y yo pondré la arena,
porque de arena soy y me da pena
irme de aquí con tanta que me sobra.
Porque somos de barros y barruntos,
porque al final iremos, los dos juntos,
a tragarnos el polvo de la Obra.

José Gerardo Manrique de Lara.

AVENTURA. *Luis López Anglada.* Madrid. Col. "Adonais". 1956.

Si un poeta ha publicado ocho libros como López Anglada, a la hora de encararse con el último que nos entregue hay que atenerse ya a una particular conducta, hay que resumirlos y apretarlos si queremos ser no sólo justos ya, sino claros y hacer sobre el libro un rápido comentario. Así en este caso.

Aunque el capitán Anglada sea uno de los más perfectos escuderos de Garcilaso—quizá el más animoso de todos—, con no ser poco, no queda ahí su razón poética, como muchos pudieran creer. Por eso, importa decir que *Aventura* es un bueno, honrado y claro libro que responde a una particular y esperanzadora forma de valorar la vida y que continúa una obra cuyas constantes y creencias siguen izadas, positivas. Anglada es de los que pueden decir con toda suerte de justificaciones:

...al que le ponga música y amor a la
[palabra
y quite los cerrojos a las puertas del cielo.

Dos versos del poema "Milagro" que para muchos poetas de hoy les pueden parecer un lujo.

No sólo de pan vive el hombre y no sólo de poesía a lo social se nutre el espontáneo lector. Sin otras exigencias, nuestro poeta escribió *Elegías del capitán,* y con parecidas miras ha allegado los poemas que componen *Aventura.* Una

aventura por las geografías del alma y por su corazón abierto; y una aventura también por la viajera geografía en éxitos por Hispanoamérica. De este libro nos gusta, en particular, el final del soneto al pintor Vela Zanetti:

José Vela Zanetti; aquí tu nombre.
Otros verán tu gloria. Yo vi un hombre
con el alma en la pena y la pintura.

Es un exacto remate de un generoso soneto en principio. Los sonetos son casi siempre lo más feliz de este libro, desde ese amoroso donde el endecasílabo discurre tan amablemente: "Quiero escribirte en verso y junto al río"... hasta ese de tipo testimonial o de reportaje dedicado al mendigo *Cirilón,* de Burgohondo; el que abre el libro titulado *Mandato,* donde se lee: "Ve luz el corazón y a ella se lanza / aunque luego la pena se lo lleve." La temática del libro es muy diversa, sin embargo. Junto a poemas que parecen continuar el hilo de *Elegías del capitán,* por ejemplo el titulado *Saliendo de la noche,* hay el titulado *Café de artistas,* que también cuadra a la pluma atenta y juglar de Anglada, aunque se independize y parezca como aislado, a pesar del carácter mixto del libro.

Poco más diré en tan breve comentario; sólo con lo ya apuntado, noto que el libro no tiene una decidida unidad: algunos poemas dan la sensación de haber sido acoplados, y si bien no hay en ello demasiado despropósito, sí se echa de ver. Pero, como al principio decíamos, al poeta, antes que por un libro, una colección de poemas, se le debe juzgar en bloque y en función de una dada, observada, línea de conducta.

ELADIO CABAÑERO.